BIBLIOTECA LIGERA

PARA USO

DE TODO EL MUNDO

POR

F. S. y S.

XXXII.

Más trabajo y menos fiestas.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTIC

¡MAS TRABAJO Y MENOS FIESTAS!

Propóngome en cuanto salga diputado presentar á las Cortes un proyecto de ley por el que se reforme el Catecismo, cuyas primeras preguntas y respuestas deberán redactarse en adelante del modo siguiente:

—Dime, chico: ¿para qué fin fué criado el hombre?

—Para producir en este mundo muchos géneros de seda, lana, algodón y nada más.

—¿Es el hombre un animal racional?

—No, señor, es sencillamente un animal mecánico industrial.

—¿Y á que fin fué criado el mundo?

—Para la producción y tráfico de géneros, y pare V. de contar.

No te rias, amigo lector, de este mi extraño exordio, que más bien es cosa que ha de moverte á llorar. No sé si en efecto es posible que hable un día el catecismo del pueblo de este modo. Lo que sí te puedo asegurar es que tales disparates, si no los enseña aún hoy nuestro catecismo popular, que, gracias á Dios, es todavía católico, apostólico, romano, lo practican ya como dogma de fe y más que si lo fuese innumerables gentes del día. Cosa es muy de moda entre ciertos economistas que, al estudiar el hombre y sus necesidades, para nada tienen en cuenta á Dios y al alma, frioleras con que hemos contado siempre los rancios y anticuados, por otro nombre católicos. Que se trabaje mucho para que se ga-

ne muchisimo, y asi goce el cuerpo lo más y mejor que pueda, he aquí el ideal práctico realizado ya en muchas partes, sobre todo en los grandes centros industriales. De aquí que les parezca á ésos completamente perdido el tiempo que no se emplea en puro movimiento industrial ó mercantil; de aquí la mania de andarse sumando sin cesar las horas, minutos y segundos *que se pierden* cada día festivo, y las docenas de dias festivos *que se pierden* cada año, para deducir por riguroso cálculo matemático los millones de millones de pesos fuertes que lleva *perdidos* al cabo de un año ó de un siglo la riqueza pública, todo por culpa de esos hábitos de ociosidad y holganza que crea y fomenta en el pueblo nuestra santa Religión, responsable al fin de todos nuestros atrasos. ¿Quién ¡oh lector! no ha oido ó leído mucho de

eso por poco que haya vivido en contacto con cierta clase de personas, luz, flor y espuma del siglo actual?

Claro está, pues, que hemos de defender las fiestas como todo lo que con miras tan santas como humanitarias ha establecido la Iglesia católica. No renegamos del trabajo humano, que santo es también y lo bendice Dios, y ha hecho de él un deber y un consuelo y hasta un placer para el hombre; mas no por eso hemos de condescender con la impía frase *más trabajo y menos fiestas*, como vociferan algunos; sino abogar, sí, por el trabajo debido y por las fiestas cristianamente observadas, como enseña la Religión.

Si crees en Dios, amigo mío, debes creer que tienes el deber de adorarle y servirle. Debes asimismo reconocer que de todos tus deberes éste es el principal, el preferente, al que con

más atención y cuidado debes atender. Exige, pues, el orden que para eso haya días especiales, y todos los hombres de todos los pueblos, y de todos los cultos, aun de los falsos, han señalado para eso días que han llamado de fiesta. La tradición del género humano, hija de la primitiva revelación, ha fijado para esto el dia séptimo de cada semana, y es admirable la conformidad en que se encuentran por lo que á eso toca los pueblos todos: prueba fehaciente de su origen común y del dogma fundamental de la creación del mundo en seis días y de su terminación en el séptimo. Después la Iglesia, en uso de su derecho sobre las conciencias de sus hijos (que por esto se llaman *suyos*, porque le reconocen este derecho), la Iglesia, digo, ha ordenado que se celebrasen con cesación de trabajo ciertas fechas gloriosas re-

lativas á la vida de Jesucristo, de María Santísima ó de algunos Santos, que ella quiere conservar más vivas en el corazón de los pueblos, tales como el Nacimiento de Nuestro Señor, su manifestación al mundo gentil ó Epifanía, su Resurrección, etc., etc.

—Pero, me dirás, para esto basta cualquier día de los comunes, sin necesidad de que se suspendan los trabajos y se pierdan jornales.

—No, amigo mío, no basta, y eso lo sabe la Iglesia y lo sabes tú, me atrevo á decir, más que ella misma. Aun las personas más adictas á Dios, si están regularmente ocupadas, ¿qué rato pueden dedicar á las cosas de Religión en los días de labor? Gracias que las más fervorosas cercenen algo de sus horas de recreo ó descanso para dedicarse unos momentos á la práctica de algún acto piadoso. Pero los

más, la turba inmensa de los que, aun siendo buenos, no están dispuestos á grandes sacrificios, ¿dedicarian un momento á Dios y á su alma si la Religión no hubiese puesto para eso días especiales? Sin días festivos no pasaría medio siglo sin que quedase del todo borrado de la faz de una nación cualquiera todo vestigio de Religión. A bien que por eso se concibe el odio verdaderamente satánico que tiene la impiedad contra las fiestas. Tú mismo, á quien ahora todos los días parecen buenos para pensar en Dios y en la otra vida, ¿qué horas emplearias de los de labor para aquellos tan sagrados objetos? No seria extraño que dijeses entonces: Pues qué, y ¿cómo quieren que piense en Dios si ni un dia tengo de vagar para eso? Y echarías en cara entonces á la Religión el que no hubiese señalado para eso tiem-

po especial, ahorrándote la molestia de tener que escogértelo.

Las fiestas tienen otro aspecto interesantísimo: es el aspecto social. Una sociedad compuesta de eternos trabajadores sin tregua ni descanso en sus trabajos, no sería ni culta, ni cómoda, ni bella. El trabajo excesivo embrutece al hombre, como la excesiva holganza. Figúrate un trabajador cualquiera, que nunca, ni un dia, pudiese levantar su cuerpo encorvado siempre sobre aquella materia en que trabaja; que ni un solo día pudiese lavarse rostro y manos y cambiar el traje asqueroso y entregarse á la expansión, al solaz, al trato de los amigos, á las dulces afecciones de la familia. Figúrate un hombre así, y que todos los hombres fuesen como éste, y que así estuviese constituida la sociedad. La plaga de los hombres metalizados y sin co-

Biblioteca Nacional de España

razón sería entonces general, y no se tardaria en reconocer que no le basta á un pueblo fabricar muchos productos y venderlos á buen precio para ser culto y civilizado, sino que son menester sanas ideas, buenas costumbres, honrados afectos, vida del alma y del corazón, la cual no es incompatible con la de la industria y del comercio, pero puede ser fácilmente ahogada por ésta, si á ésta se da única y exclusiva importancia.

Mil veces he pensado que si no hubiese en los pueblos cristianos establecida esta ley del descanso del dia festivo, y supiésemos que la tuvieron allá en sus códigos los griegos y romanos, ó se hubiese descubierto recientemente entre los chinos, ó la hubiesen por primera vez planteado entre los norteamericanos Washington ó Franklin, toda esa grey de filósofos á

Biblioteca Nacional de España

la moda que ahora la encuentran absurda y antieconómica y ruinosa para la industria, sólo porque la ha puesto entre sus leyes el Catolicismo, la verían entonces como el rasgo más admirable del talento de aquellos legisladores, como modelo de alta previsión humanitaria, como el más noble tributo rendido á la dignidad del trabajador. ¡Oh qué elocuentes estarían entonces nuestros filántropos, ponderando las excelencias de una tal ley que no consiente que el hombre sea esclavo de su trabajo mas de seis dias seguidos! ¡Cómo se desharian en elogios de aquella civilización que así miraba por la vida superior del hombre, obligándole á dar treguas cada semana á sus cansadas tareas para que de vez en cuando levantase la frente al cielo con dignidad, y se acordase de que no es bestia ni máquina! ¡Con qué subi-

das ponderaciones acusarian entonces al Catolicismo de opresor sistemático del pobre, de poco cuidadoso del progreso moral é intelectual! Serian cosa de ver y de leerse los librotes y artículos que sobre eso se escribirian, los proyectos de ley que se presentarían á las Cámaras, los programas de emancipación obrera que con este motivo andarian por ahi hilvanados. Ahora es la Iglesia quien por suerte se ha anticipado á todos estos deseos, ahora es suyo el honor de haber prohibido á sus hijos el trabajo continuo y sin reposo y por consiguiente brutal, y por eso, porque es católica la ley, porque es del Evangelio, porque es de Cristo y de los Papas, se la encuentra ¡mal pecado! contraria á la civilización, perjudicial á la industria y á los intereses del pueblo. ¡Cuantas veces, casi siempre, á los ojos de la impiedad no

tienen de malo y de odioso las cosas católicas más que el ser católicas!

Más trabajo y menos fiestas es, pues, un despropósito de los gordos que no puede resistir el examen de la razón iluminada por la fe, ni aun al del simple buen sentido. Más valdria pedir exacta y cristiana observancia de las fiestas, para muchos hoy completamente desconocidas, para otros miserablemente trocadas de días de Dios en días de Satanás. Si, porque no se cumple con la institución del dia festivo, sólo con desembarazarse en él de los ordinarios quehaceres, sino *santificándolo*, como con palabra muy expresiva manda la Religión, es decir, empleándolo en obras de piedad y de servicio de Dios y del prójimo, haciendo que descanse en él el cuerpo para que se aproveche de la tregua el espíritu, no para que le sirva á éste

de peor ocasión de envilecerse y degradarse. Si no producen las fiestas el fin eminentemente social y civilizador para el cual, después del religioso, han sido prescritas, cúlpese á la corrupción de costumbres y á la perversión de ideas que esto han falsificado y torcido como tantas otras cosas. Las emociones corrosivas del baile y del espectáculo inmundo, el ansia febril del juego, el envenenamiento lento por medio del vino y de la lujuria, han sustituido en muchas partes á los goces puros y tranquilos del hogar doméstico, al paseo en familia, á la enseñanza del sacerdote en los Oficios de la parroquia, á las honestas expansiones de la amistad, en una palabra, á todo lo que constituye en los pueblos honrados y cristianos la observancia dominical. ¿No es doloroso ver hoy que en los dias del Señor es cuando

más vigilante ha de ponerse la policía, más crímenes registra la crónica local, más lágrimas se derraman en las familias?

Tú, pobre amigo mío que me lees, tú que por ser pobre mereces de un modo particular el interés del propagandista católico, haz del día festivo un objeto de verdadero culto y devoción. Aquel día no es de tu amo terrenal, ni de tu mayordomo, ni de tu capataz. Es el día tuyo y de Dios. De nadie más. Dios lo reservó expresamente para sí y para ti; porque con su ley llena de bondad y misericordia quiso que lo que era honra suya fuese á la par bienestar y honra de tu persona. Vístete aquel día con tu traje limpio y *de las fiestas* ya desde el amanecer. Ponerse la ropa del domingo después de comer, sólo por darse una vuelta al café, es no dar importancia alguna á la parte más principal del día de Dios,

que es la mañana. Vístete, digo, y acude al templo; oye tu Misa como es obligación; recibe los Santos Sacramentos cuando lo demande el estado de tu alma ó lo grande de la solemnidad; escucha la voz de tu pastor, que te dirá desde el púlpito ó desde el pie del altar cosas que te conviene no traer olvidadas. Lleva allá á tu mujer y á tus hijos, que le gusta á Dios verte á sus piés con la familia presidida por ti, á quien El ha constituido tronco y jefe de ella. Come aquel día y solázate si puedes, con algún mayor gasto. Una peseta que gastes con los tuyos en el seno del hogar te será más provechosa y bien empleada que un real que eches á perder en el café ó taberna entre los viciosos y atolondrados. Lee algo en casa, que después del pan y del vino nada en lo humano enaltece y honra tanto la casa del trabajador como cuatro libros bien escogidos.

Acude otra vez por la tarde ó al anochecer, después del paseo, á la iglesia si se celebra allí función. Y aunque no se celebre, no pases delante de su fachada sin entrarte cinco minutos allí, á rezarle tu visita á Cristo Sacramentado, que te ama y te desea y te espera. Sacarás del Sagrario luz en las dudas, consuelo en los trabajos, estimación propia, serenidad en la conciencia, honrada vida y dichosa muerte. Volverás el lunes á tu tarea con nuevo ardor, y aguardarás el próximo domingo ó fiesta con nueva alegria. Ya sé que no se hace asi en el mundo de hoy, pero por eso es el mundo de hoy profundamente desventurado. Escucha el hondo ¡ay! que sale hoy de las entrañas del pueblo. Es el castigo de los réprobos con que ya en vida castiga Dios á los apóstatas de su ley, á los profanadores de sus fiestas.

A. M. D. G.